

el Papa romano solo tenia un consuelo, y profundo; la asistencia de la mujer extraordinaria, hija de Siena, que con el nombre de Catalina obtuviera en el ánimo popular un favor parecido al de Francisco de Asís por sus virtudes exaltadas, por su fervor místico, por su elocuencia abundantísima, por sus visiones sobrenaturales, por su amor á la humildad y á la pobreza, por sus anuncios proféticos, por todas aquellas calidades que la ceñian de una aureola de estrellas y le daban el aspecto de celeste ángel venido á confortar el Pontificado en su pasion como aquel que trajo el cáliz de amargura y la palabra de consuelo á Jesucristo angustiado y espirante. Mas, para que todo fuese extraño en la tragedia del cisma, si Urbano VI tenia junto á sí alma tan mística y piadosa como el alma exaltada de Catalina de Siena, Clemente VII tenia á Vicente Ferrer, aquel predicador sin igual, que arrastraba en pos de sí las muchedumbres con su elocuencia lemosina, y que alzado á la fama y á la inmortalidad por sus inspiraciones y por sus virtudes, sentíase llamado á mediar en los litigios de los reyes, en los cismas de los Papas, en las guerras entre los señores, en las revoluciones y tumultos de los pueblos, aunque solo poseia, por toda arma su palabra, por toda fuerza su sentimiento, por todo poder su humildad, y por todo medio sus oraciones piadosas y su virtud de persuasion incontrastable. Todo dividia á la Iglesia; los conclave que renegaban de sí mismos; los Papas igualmente altaneros y tenaces; los dos grandes místicos divididos y cada cual al lado de un Papa; los reyes de Francia y los emperadores de Alemania separados por rivalidades tradicionales é históricas; los pueblos, cada uno de ellos dado en sendas y continuas contradicciones, no al Papa que mas pudiera satisfacer á su fe, sino al Papa que mas pudiera utilizarse para el servicio y el fomento de su vida particular y de sus intereses nacionales.

Espectáculo verdaderamente lastimoso. Cada Pontífice tenia su respectiva corte; el uno en Italia y el otro en Francia; y desde aquellas cortes lanzábanse sendas excomuniones, consiguiendo así que si el uno despreciaba los rayos del otro, el pueblo á su vez despreciara los rayos y las excomuniones de todos. Pero como el poder material de institucion tan alta todavía perduraba en el mundo, los ánimos se apartaban unos de otros, como se habian apartado antes los Papas; los santos y los profetas daban voces como aquellas que

se oian en la tierra y en el cielo antes de la ruina de Jerusalen; los catedráticos de las universidades disputaban á todas horas sin saber á ciencia cierta cuál de los dos rivales debia tenerse por verdadero Papa; presentaba Clemente VII su ejército de bandas bretonas y Urbano VI su ejército de condotieros italianos; combatia Clemente VII á Urbano VI con su voluntad férrea de antiguo militar y Urbano VI á Clemente VII con la tenacidad de un hombre afortunado que por un don caprichoso de la suerte se veia sin merecerlo á la cabeza del mundo católico; ofrecia Clemente VII á la vista de todos como un serafin apocalíptico su San Vicente Ferrer y Urbano VI como una Virgen celeste su Santa Catalina de Siena; presentaba Clemente VII la sumision de Francia, de Nápoles, de Saboya, de España, de Escocia, y Urbano VI la sumision de Italia y de Alemania; uno y otro aparecian fuertes, soberbios, omnipotentes, resueltos, batalladores, y uno y otro en realidad desgarraban el seno de la Iglesia al destruir la unidad sobrenatural del catolicismo.

Resumamos. El Imperio ha caido en la segunda mitad del siglo décimotercio, y en la persona del infeliz Coradino, sin que ningun gran Emperador pudiera restaurarlo en su antigua gloria y en su antigua prepotencia. Desde Federico II hasta el cisma no vemos ningun César que merezca compartir la gloria de Enrique el Pajarero, de Othon el Grande, de Federico Barbaroja. Pues lo mismo sucedió con el Pontificado. Decayó el Imperio en su patíbulo de Nápoles; y decayó el Pontificado en su calvario de Anagni; el guantelete de Coradino, arrojado á los aires, y el guantelete de Colonna impreso en las carnes del Papa, representan dos símbolos de dos grandes é irremediables decadencias. Consiguientemente á ellas vienen todos los fenómenos históricos que de tales premisas pueden derivarse lógica y naturalmente. La alta institucion, que habia visto los Césares al pié de su trono excelso, recibiendo la corona ó aguardando la absolucion, baja la cabeza para que le ciña su tiara un reyecillo de Francia, que la convierte en triste máquina de batir moneda aquel que se envaneciera con ser monedero falso. Esta misma régia codicia destruye la órden del Temple, la mística milicia de los Papas; y quema sus capitanes en las hogueras, é infama sus nombres por toda una eternidad. En vano almas sublimes habian querido salvar al mundo de tan tremenda crisis y devolverlo al universal Imperio latino y al universal Pontificado romano.

Un ciudadano de Roma, conocido con el diminutivo de Colá, hijo de un tabernero y de una lavandera, llevando en su figura y en su rostro como los campesinos de las lagunas Pontinas los rasgos de la Roma clásica, hermoso como una estatua de las que encontraba en sus correrías de niño, instruido no obstante haber pasado sus mocedades de cabaña en cabaña, producto natural de aquel suelo impregnado de recuerdos y de aquel aire henchido de ideas, conspirador en el Aventino donde se refugiaron los Gracos, rey en el Capitolio donde reinaron los Emperadores, mezcla de sublimidad y de extravagancia, de fantasía y de sentido práctico; tan grande por un lado que merece el nombre inmortal de último tribuno y tan chico por otro que apenas merece contarse entre los peores tiranelos; rodeado un día de pueblos que le aclaman, de banderas que le saludan, de poetas que le cantan estancias merecedoras de eterna fama como si fuera el mayor de los héroes y perseguido otro día como el mayor de los facinerosos; exaltado hasta la inmortalidad y muerto á manos del pueblo que lo exaltara como si fuese un cerdo; dotado de ideas dignas de Escipion y de pasiones dignas de Eliogábalo; querido como un Camilo y rematado como un Vitelio; su vida y su muerte representan las contradicciones entre los ideales que se evaporan como un sueño fantástico de las cenizas de Roma y la posibilidad material de realizarlos en su conturbado siglo y con sus inquietos conciudadanos. Otro hombre, mayor todavía, que llevaba una lira de oro en las manos, una elocuencia inagotable en la fuente de sus labios, un corazón de rendido amorador en el pecho, una corona de poeta inmortal en las sienes; ido á Roma desde el destierro, cuando ya los estudios clásicos habían despertado en su vasta alma el culto á la antigüedad; al ver las ruinas coronadas por el jaramago y por la cicuta, al sentarse á la sombra del Coliseo alzado como una montaña por una ciudad en testimonio del humano poder; al pasearse por el Foro entre sus columnas rotas y semejantes á los despojos de una batalla inmortal; entre aquellas nubes de recuerdos; entre aquellas procesiones de sombras; entre aquellas cimas de la humanidad y de la historia; sintió rozar su frente como si fuera el ala de gigantesca ave nocturna escapada de los sepulcros, el espíritu de la antigua Roma; y para reanimarlo al calor de los grandes sentimientos, buscó vida en el corazón de aquellos Papas avignonenses á quienes odiaba

y maldecía, tristes epicúreos bien hallados en el riente clima de Provenza, á los bordes del Ródano, al rumor de la fuente de Vallclusa, incapaces de comprender las téticas grandezas que arrastra en sus corrientes de hieles el sublime Tiber, ese río de los muertos. El cautiverio de Avignon traía necesariamente el cisma. El cisma traía la necesidad de los concilios democráticos. Los concilios democráticos imponían por fuerza la revolución. La revolución debía tener los caracteres del tiempo, debía estallar como un gran movimiento religioso. Después de esta descomposición irremediable de los antiguos poderes históricos, nadie en el mundo podía ya evitarla. En uno de estos primeros combates, entre el pueblo romano y las bandas bretonas de los cardenales franceses, despidió el castillo de San Angelo, á la mitad del siglo décimocuarto, un trueno retumbante y un rayo asolador que aterró á la espantada Roma, la cual veía morir á los suyos por medios ignorados y milagrosos. Esos medios eran el primer cañon y la primera pólvora. Cien años mas tarde se encontraba la imprenta. Dios, al mandar una revolución, había mandado también los medios milagrosos de realizarla y de cumplirla.